

Pa 6523  
F37  
B 2.  
J 2.

BUENA MADRE

Esta obra es propiedad de D. Miguel Guijaro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.



LIBRO CUARTO.

EL INFANTE DON ENRIQUE.

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO DON ALFONSO PEREZ DE GUZMAN DIÓ EN EL MAL HECHO DE  
IMPEDIR QUE LOS MOROS MATARAN AL INFANTE DON ENRIQUE.

I.

Mal le habian salido sus negocios con el rey de Granada al infante don Enrique en lo de la venta de la villa de Tarifa.

Porque si don Enrique estaba muy en ello, no lo estaba don Alfonso Perez de Guzman, el Bueno, que tenia siempre fija la vista en aquellos terribles muros, que le habian costado la vida de su hijo defendiéndolos por el rey de Castilla.

Y tanto temia el rey moro á Guzman el Bueno, que en lo de Tarifa no pudo haber avenencia, y llegó el caso de que Mojammet-el-Ansarí receló que Guzman el Bueno y el infante don Enrique estaban en inteligencia para entretenerle con lo de Tarifa, para que no corriese la frontera cristiana: de tal modo se irritó contra el infante don Enrique, que si un moro que poseia la confianza del rey y era muy amigo de don Enrique, no le avisara á tiempo y no se escapara el infante don Enrique una noche de Granada, descolgándose por un adarve de la puerta Elvira, ciertamente que lo pasara muy mal.

## II.

Fuése el infante á Córdoba.

Por este tiempo habian tenido lugar grandes sucesos en Castilla, favorables al rey.

El rey de Portugal, al retirarse, llegó á Castil Rodrigo, que era de don Sancho, hijo del infante don Pedro, y el alcaide le entregó la villa, y luego dió sobre Alfayates y Sabugal, que eran del señorío del rey, y que se le entregaron sin combatir, y de este modo, el rey de Portugal tuvo toda Rivadecoa hasta Ciudad-Rodrigo.

Estas ocupaciones del rey de Portugal en señoríos de Castilla, causaron á la reina gran sentimiento, y como vió que no tenia buenos y leales defensores, estremó mas su energía para combatir á todos los enemigos del rey, que pretendian quitarle el reino y repartírselo como botin de su victoria.

Y habiendo llegado á Valladolid don Juan Alfonso de Haro, ya señor de los Cameros, con una numerosa hueste, y otros ricos hombres y mesnaderos, con mucha gente de guerra, les rogó la reina que, siguiendo el estandarte del rey, fuesen contra el rebelde don Juan, que se llamaba rey de Leon, para reducirle á la obediencia.

Otorgáronlo ellos: la reina envió á Guadalajara á su hija la infanta doña Isabel, para que guardase toda la tierra de Toledo y castigase á un traidor, rico hombre castellano de Fita, que cogia por los caminos á los judíos recaudadores del rey y les quitaba el dinero que llevaban, y andaba además en alevos tratos con los reyes de Aragon y Portugal.

Dejó además á su hijo el infante don Pedro en Valladolid para estimular á los habitantes á que guardasen mejor la villa.

Y despues de esto, ella, con el rey y con don Diego y don Juan Alfonso de Haro y el maestre de Santiago y la compañía franca de Zayda Fatima, se fué á Palencia, donde se reunieron

á la reina Pero Ruiz de Castañeda y Hernan Ruiz de Saldaña.

Habido consejo acerca de lo que se haria, la reina fué de parecer que se marchase sobre la ciudad de Leon, donde estaba el infante don Juan con don Juan Nuñez de Lara, y se la pusiese cerco.

Lo cual no aprobaron los del consejo, teniendo por mejor que se fuese á cercar á Paredes, villa inmediata, adonde se encontraban doña María de Haro, esposa del infante don Juan, y doña Juana Alfonso de Molina, hermana de la reina, viuda á lo que creia del conde don Lope y madre de doña María.

## III.

Viendo la reina que todos eran de opinion de cercar á Paredes, por escitarlos á que hiciesen algo, porque conocia las malas ganas con que iban, convino en lo del cerco de Paredes, y el ejército marchó de Palenzuela, donde se encontraba, sobre Paredes, á fin de setiembre.

Establecióse el cerco, que se redujo únicamente á poner los diferentes campos de los capitanes, que con la reina iban alrededor de la villa, y aunque pugnaba la reina porque la villa se combatiese, era en vano, porque no parecia sino que toda aquella gente de guerra no habia ido allí á otra cosa que á ponerse delante de los muros con los brazos cruzados.

Durante este sitio, adoleció la reina de un tumor en el brazo que le producía agudísimos dolores, y que le duró diez semanas, á pesar de lo que acudia á todo y recibia todos los dias en córte á los ricos hombres y caballeros de la hueste, y tenia con ellos consejo, sentenciando además todos los pleitos que á ella venian de todo el reino.

Viendo, pues, la reina que adelantaba poco ó nada contra Paredes, porque si algun dia la combatian sus caballeros, lo hacian tan flojamente, que mostraban claro que no tenian gran voluntad, y temiendo que los que la servian se separasen de ella

y la dejasen abandonada, llamó á don Diego y á don Juan Alfonso de Haro, á don Juan Ozores, maestre de Santiago, á Pero Diaz de Castañeda y á Fernan Ruiz de Saldaña, y díjoles que por Dios no la abandonasen, y que pues tanto tiempo habian andado por su tierra sus enemigos, era gran vergüenza para ellos y para todos los que eran leales al rey su hijo, supiese el mundo que tenian cercado aquel lugar, y no lo podian combatir, y que además, en la córte de Roma, donde se buscaba cada dia mucho mal al rey don Fernando su hijo, suponiendo que habia perdido toda su tierra, le tendrían en mucho cuando supiesen que el rey tenia campo por sí, y buscaba á sus enemigos y los combatia.

Y añadió tales y tantas cosas, que todos juraron de no abandonarla, con tal de que la reina viese el modo de mantener la hueste.

A lo que ella respondió que así lo haria.

Entonces envió á Burgos á hacer manlieva ó levantar empréstito *sobre todo cuanto en el mundo habia*, segun dice enérgicamente la crónica, lo que produjo dinero bastante para mantener bien al ejército tres meses.

Pero inutilmente seguia el sitio de Paredes, porque no parecia sino que los que combatian la villa no querian tomarla.

## IV.

Sin embargo, la reina no se habia engañado; porque aun cuando no tomaba á Paredes, sonaba que el rey hacia la guerra á sus enemigos, y cuando el infante don Enrique supo que el infante don Pedro de Aragon era muerto, ido á Leon el infante don Juan, á Aragon don Alfonso de la Cerda, á su reino el rey de Portugal, y que el rey con hueste suya cercaba á Paredes, tuvo miedo á que si no acudia al servicio del rey le quitasen la guarda del reino, y desde Córdoba, donde estaba, se vino á An-

dujar, adonde acudieron don Alfonso Perez de Guzman y otros muchos ricos hombres y caballeros de la Andalucía.

## V.

Estando en esto, vinieron noticias de cómo la caballería del rey de Granada habia entrado por tierras del reino de Jaen, talándolo todo, robando ganados y haciendo cautivos; lo cual, visto por los hombres buenos andaluces, dijeron: que la caballería granadina, por mucha que fuera, no habia podido estar nunca mas de tres dias talando la tierra cristiana, y que no era en honra ni en pró del infante, que estando él allí, los moros de Granada se atreviesen á tanto como se atrevian.

Cuando oyó esto el infante don Enrique, con el recelo de que los castellanos le quitasen la guarda del reino, y además, porque los de Andalucía, nunca le quisieron recibir por guarda de ellos, por darles á entender que tenia gran voluntad de ayudarlos y defenderlos, dijo que queria ir contra los moros y combatir con ellos.

Nunca tuvieron tan buen dia los andaluces por el contento de que un infante, tutor del rey y guarda ó gobernador de sus reinos, los acaudillase para ir contra los infieles.

## VI.

Armáronse todos, cabalgaron, salieron al campo, y caminaron hasta cuatro leguas mas allá de Arjona.

Eran en todos trescientos rocines y quinientos peones, sin contar con la caballería de Guzman el Bueno, aunque no mucha, vieja y escojida y acostumbrada á lidiar con moros.

Al dar vista á los moros, envistieron denodadamente con ellos los andaluces, pero á la primera espolonada, los del infante

don Enrique volvieron grupas y dieron á huir, porque encontraron á los moros muchos mas, y mas fuertes de lo que habian creido.

Y aunque don Alfonso Perez por la parte que habia embes- tido, se mantenía bien y llevaba ventaja, visto el trance apurado en que el infante don Enrique se veía, hubo de abandonar su batalla y venir á socorrer al infante, que huía á todo cuanto podia.

Cuando llegó á él don Alfonso, encontró que al caballo de don Enrique le habian cortado las riendas y á don Enrique en tierra sin poder valerse, á los moros encima, muertos muchos de los cristianos y desbaratados los otros.

Dió don Alfonso Perez un caballo á don Enrique, sobre el que pudo escapar, mientras su caballo, yéndose derecho á los moros se metió entre ellos y fué cogido.

Don Alfonso Perez de Guzman con los suyos contuvo á los moros para que no avanzasen á don Enrique y á los andaluces que huían, y cuando estos estuvieron en salvo, se fué retirando en buen orden, porque no tenía él fuerzas para combatir solo con la morisma que llenaba el campo.

Perdió por lo mismo don Alfonso la gran parte de sus vasallos que le mataron, y él mismo hubiera perecido por la impericia de don Enrique, que habia llevado á tan mal trance la batalla, si no le valieran su aliento y su serenidad.

Recogieron los cristianos deshechos á Arjona, dejando muchos muertos en el campo, y muchos cautivos en poder de los moros.

Retiráronse á Granada los moros cargados de presa, y con un número considerable de cautivos, y entregaron al rey de Granada el caballo del infante don Enrique.

Sintió el rey mucho le hubiesen entregado el caballo solo, y no queriendo tenerle sin el ginete, le envió con ricos paramentos á don Enrique, disculpándose de que sus vasallos hubiesen acometido su hueste, ignorando que él la acaudillaba.

El rey de Granada conservaba aún una apariencia hipócrita para con el infante don Enrique.

## VII.

Este revés sufrido por el infante en Andalucía, aumentó de tal manera su miedo de que los castellanos le quitasen la tutela del rey y la guarda del reino, que sin detenerse un punto, despidiéndose de Guzman el Bueno, que volvió sobre la frontera de los moros, tomó harto de prisa el camino de Castilla.

Como este infante tuvo una influencia demasiado decisiva en las desgracias, en los trabajos, en las luchas de la reina doña María de Molina, nuestros lectores permitirán se lo demos á conocer.

Pero esto requiere capítulo aparte.